

FILOSOFIA EN LA UNIVERSIDAD

Juan Parent J.

En una reflexión sobre la filosofía en Latinoamérica, Raúl Fornet-Betancourt de la Universidad de Eichstat nos advierte sobre este quehacer que se torna problemático. Nos muestra que el filósofo en nuestro continente "cuestiona radicalmente las concepciones tenidas por paradigmáticas y busca nuevas formas o modelos para el ejercicio de la filosofía".

Algo semejante me impulsa a las reflexiones que siguen. Podrían llamarse una filosofía de la filosofía en nuestras escuelas. O si el término es pretencioso, simplemente una observación sobre el modo de enseñar y hacer filosofía en las Universidades mexicanas.

Son varios los caminos de la investigación filosófica. En otra ocasión habíamos manifestado dos vertientes que parecen seguir siendo una útil referencia para la reflexión sobre un tópico nuevo.

Una de las vertientes es la del estudio de los grandes filósofos, de las corrientes de pensamiento, de temas específicos tratados en ciertas épocas, etc. Esta labor es imprescindible y debe seguir llevándose a cabo en las escuelas de filosofía. Es el camino que todos hemos frecuentado para penetrar en la forma de pensar de aquellos que han logrado desarrollar los raciocinios que han cambiado el curso de la historia de la humanidad.

Otra vertiente, que es igualmente importante, es la del estudio de los problemas actuales de tal forma que podamos hacernos presentes en el quehacer diario de nuestra sociedad. El compromiso es arduo y sin contar con la puesta en práctica de la primera vertiente no se podría ni imaginar un estudio efectivamente aprovechable.

Algunos fenómenos observables por cualquier intelecto atento a la vida, a las conversaciones y las costumbres universitarias me invitan a desarrollar estos pensamientos que deberían conducirme a una visión más clara de la Universidad y, a la vez, a una sugerencias pa-

ra el cambio, a mi parecer necesario, en la vida universitaria. Los cambios se darán en los planes de estudios, tal vez, pero sobre todo en la manera de enseñar no sólo en las escuelas de filosofía, sino también, y diría, sobre todo, en las otras escuelas hacia donde apunto mi proyecto.

El recurso a la descripción de algunos casos concretos será necesario para ubicar con mayor claridad de que se está hablando.

Silvia, maestra universitaria, acaba de tener una hija; la visitamos para felicitarla y al inquirir el nombre que dará a la niña, ella nos afirma con toda normalidad: se llamará Alejandrina "porque le tocó". El calendario impone así de manera indiscriminada el nombre de los hijos. Nos recuerda uno de los cuentos de Raíces, filmado posteriormente en el que un niño recibe la "protección" de la bicicleta porque el primer "ser" que pisó el marco de aserrín en torno a la casa no fue un animal sino bicicleta de un familiar de visita.

Santiago, maestro de economía de una de nuestras Universidades, se presenta en una mesa redonda para tratar el tema del juego de azar. Su intervención, en la que confunde el juego, institución básica de toda sociedad con el juego de azar, es característica de su manera de vivir: el es un jugador de lotería porque el azar hace parte de su vivir diario y lo encuentra normal, más aún, lo justifica.

Sonia tiene maestría y ocupa un cargo de responsabilidad en la administración de un postgrado de otra Universidad mexicana. Sonia tiene varios hijos y para evitar mayores daños a su salud física, cuelga amuletos al cuello de sus pequeños para alejar de ellos el mal de ojos. La magia, como el azar en el caso anterior, son constitutivos de la *Weltanschauung* de estos universitarios.

Alberta es doctora en medicina y tiene ya muchos años de experiencia. En una mesa redonda, invitada para tratar con otros maestros de la emancipación de la mujer, afirma con toda seriedad que el hombre no po-

dría soportar los dolores del parto y que la naturaleza hizo bien las cosas así. Las mujeres son diferentes de los hombres y hay que mantener esta distancia social y, desde su punto de vista, biológica.

Roberto es odontólogo, profesional instalado, universitario reconocido y postgraduado. En una visita a su casa lo encontré con su familia. Una pequeña jugaba en la alfombra. De repente llama a su esposa y le dice "que la niña no ande con un solo zapato porque es de mala suerte".

Los casos narrados aunque parezcan de otro mundo o de otra época son todos vividos por el que los cuenta y ocurridos en los últimos doce meses.

Esta situación refleja lo que me atrevería en llamar ausencia del salto hacia la nueva visión del mundo que la Universidad tiene por función cumplir. La Universidad mexicana se ha degradado poco a poco hasta ser simple escuela profesional. Parece que para construir un puente o para extraer una muela no se requiere de una nueva visión del mundo. Los cálculos y la precisión de las nuevas herramientas hacen un trabajo casi perfecto. Sin embargo, la Universidad no puede abdicar de su responsabilidad principal. De ella debemos hablar más ampliamente.

Observamos que el sistema político y social en el que estamos inmersos no dá de sí, estamos ante el fin de una época. Esta época que se acaba es la que fue marcada por la presencia de los profesionales del bienestar y de la comodidad. Muchos estudios de filosofía política se han encaminado hacia la denuncia, útil en su tiempo, de la explotación del hombre por el hombre. Esta explotación sigue presente y no decaerá fácilmente, pero es urgente ahora observar que la dominación ha tomado el primer lugar en la destrucción del hombre.

Los ricos y los poderosos impiden el desarrollo de la vida de los hombres. Los modos de vida autónomos son desplazados, son destruidos y en sociedades deshe-

chas las grandes organizaciones comerciales, culturales o políticas imponen a cada cual una obligación.

Se abre así la segunda observación que quiero hacer en relación al abandono de nuestras Universidades. Se ha impuesto un racionalismo tecnológico encima de una cultura aún popular con barníz de "estudios superiores", que no tiene nada que ver con el producto final de la "educación" universitaria.

Vuelvo a los casos concretos vividos y apelo a Maricela. Ella también es doctora en medicina, tiene estudios de postgrado además de su especialidad como médico. Ante la necesaria reflexión sobre su quehacer y el método empleado por la medicina en su investigación, no dejaba de afirmar cada vez que se sentía afectada en su seguridad intelectual: "pero, finalmente, el único método es el método científico".

Andrés, maestro de psicología, terapeuta clínico, instaló su lugar de trabajo para recibir a los pacientes. Para indicar la característica dominante de sus servicios, colgó un cartel que dice: "Ingeniería de la Conducta".

La ingeniería sigue siendo un modelo de perfección para nuestros universitarios que creen más en las formas matemáticas, propias del método científico, que en el riesgo permanente que consiste en atender al ser humano en su plenitud y en su complejidad.

Al identificar el conocimiento con la ciencia, el positivismo afecta, disminuyéndolo, al hombre. Las funciones de la inteligencia son reducidas a la simple organización del material con el que se trabaja, pero este material ha recibido de antemano la marca de nuestra cultura comercial. La inteligencia debe criticar esta situación sino quedaría como sirvienta del aparato de producción en vez de ser su guía.

Horkheimer indica en su *Eclipse de la Razón* que "el crimen de los intelectuales modernos contra la sociedad no proviene tanto de su alejamiento cuan-

to del hecho que sacrifican las contradicciones y las complejidades del pensamiento a las exigencias de un pretendido sentido común" (entiéndase hoy y aquí, obtener mayores ganancias).

No es ahora el lugar de criticar el método científico, sino sólo la invitación a una reflexión en torno a su omnipresencia y al daño que causa a nuestra sociedad y al hombre en general.

Algunos han manifestado que ya no creen en nuestro sistema social, pero como lo hemos notado, éste sigue determinando los comportamientos y, -aquí va un excursus socio-político-, las reivindicaciones sociales.

Es una llamada que la Universidad sabrá hacer a su debido tiempo al sindicalismo. Es preciso encontrar una alternativa. Para eso se requiere de la reflexión. Es lo que pretendo iniciar con esta intervención. La Universidad cumplirá esta función o no será Universidad.

Antes de abordar la presencia de la filosofía en forma más explícita, es conveniente hacer de nuevo algunas consideraciones sobre la Universidad en general.

Sufrimos hoy entre muchas confusiones, la de no distinguir la difusión del conocimiento, propia de cualquier escuela, con la indagación, se confunde la entrega de diplomas, títulos y certificados que permiten



la entrada al trabajo profesional con los otros que colocan a su poseedor en una situación de responsabilidad social, transformadora de los marcos de referencia culturales.

Al haber elegido en nuestras Universidades la opción de salida al mercado del trabajo nos hemos sometido a las exigencias de nuestros clientes: políticas de gobierno o imposición de la clase empresarial.

La Universidad es reflexión sobre el saber - empezamos a ver la presencia de la filosofía—, reflexión sobre las prácticas sociales, sobre los valores, sobre la memoria colectiva de la sociedad.

Continuamente se plantea la relación entre Universidad y Sociedad, pero este planteamiento se resuelve en las soluciones meramente profesionales. Estar insertados socialmente es contribuir a la transformación. Nos topamos así ante un gran obstáculo: la no-funcionalidad de la Universidad. La confianza en nosotros mismos está en esta ubicación, no es el reconocimiento de nuestra tarea por las autoridades sociales o políticas.

Y ¿qué hay de la filosofía?

Châtelet en su libro *La philosophie des professeurs* define la filosofía como "la administración deferente de una cadáver" y Mongin dice: "es la repetición". Otro más, funcionario de nuestra Empresa Privada, afirmaba: "En filosofía se enseña a otros a enseñar filosofía".

Todo este pesimismo es aterrador ante la tarea que vislumbramos muros adentro de la Universidad, y extra muros.

De hecho llevar la reflexión sobre la filosofía en la Universidad me obligaría a interrogarme sobre las relaciones entre la enseñanza, la educación y la formación. Si no lo hiciera así ocultaría el sentido mismo de la filosofía que en Occidente se enseña y se práctica.

La filosofía en esta segunda vertiente de la que hablaba en su principio, ya no es el lugar donde se adquiere un conocimiento, sino el lugar de una toma de posición en cuanto al sentido de la vida. Para decirlo en otros términos, es hablar de formación humana, es hablar de cultura.

Considero prioritaria esta función de la filosofía en la Universidad cuando observamos que las tradiciones pierden su vitalidad, que se imponen dogmatismos políticos e intelectuales, que las instituciones (partidos políticos, empresas publicitarias, bancos. . .) aportan una significación a cuanto tocan para caer finalmente en puro funcionalismo.

Sartre en su escrito *Cuestiones de método* afirma que "educar no es añadir a la enseñanza las formaciones paralelas, sino, a partir de la misma enseñanza, introducir a los estudiantes en la realidad, iluminándola".

En otras palabras, si queremos filosofía en la Universidad, lo que queremos es una formación. Esta presentación pretender ser el inicio de una reflexión interdisciplinaria en torno a lo que entendemos por formación.

La defensa de la filosofía, la búsqueda de una correcta ubicación de la filosofía en la Universidad es solidaria de una lucha por la calidad cultural de la enseñanza. Finalmente se trata de rebasar la simple defensa de una disciplina y alcanzar el nivel de búsqueda de los lineamientos de una cultura común de referencia.